

como una simple *ampliación* de las posibilidades *autoformativas* que a su vez genera la salud; o si el alargamiento de la vida puede ser un bien *autoformativo* exigido por parte de todos, según los criterios de la *teoría de la justicia* como equidad de Rawls, como respectivamente hacen notar Thomas Schramme, Hans-Jörg Ehmi y Georg Marckmann. Para concluir una reflexión crítica. Es indudable el alargamiento creciente de las expectativas de vida en los últimos años, sin poder saber hasta donde podrá llegar este tipo de procesos. También es verdad que el alargamiento de la vejez debe venir acompañada de los procesos *autoformativos* correspondientes, sino se quiere que se genere una *pérdida de la calidad* de vida verdaderamente alarmante. De todos modos la mejora de la *calidad de vida* y *autoformativa* por parte de la tercera edad no siempre se ha visto compensada por el correspondiente incremento en su contribución a los índices de *productividad* del conjunto del colectivo social. En su lugar más bien se ha incrementado más la desproporción entre el limitado número de trabajadores activos y el creciente número de los pertenecientes a la tercera edad, o las así llamadas clases pasivas. Sin duda este fenómeno en gran parte ha estado motivado por la habitual falta de *calidad de vida* de la así llamadas clases “sobrantes” o “superfluas”, aunque bien mirado es muy posible que en un futuro también se tenga que revisar este presupuesto. Y en este contexto, ¿no sería necesario que la *medicina* y las *biotecnologías*, con ayuda de la

educación, se preocupasen de incrementar la mayor *productividad laboral* de las ahora denominadas clases “sobrantes” o “superfluas” (cf. Bude, Heinz; Willisch, Andreas; *Exclusion. Die Debatte über die “überflüssigen”*, Suhrkamp, Frankfurt, 2008), sin seguir pensando que se resolverán por sí solos el resto de problemas sociales ahora generados por el alargamiento de las expectativas de calidad de vida?■

CARLOS ORTIZ DE LANDÁZURI
Universidad de Navarra

Rf017

La recuperación de la autoridad. Crítica de la educación permisiva y de la educación autoritaria

José Antonio Marina
Versátil, Barcelona, 2009, 189 pp.

La recuperación de la autoridad es el título del nuevo libro de José Antonio Marina. El subtítulo, *Crítica de la educación permisiva y de la educación autoritaria*, indica el punto de vista desde el que Marina aborda la cuestión de la autoridad. El libro está organizado en dos partes. La primera, *El diagnóstico*, consta a su vez de tres capítulos. La segunda, *Las propuestas*, consta de cuatro capítulos. El libro se cierra con un epílogo a modo de conclusión.

En la primera parte del libro Marina aborda el concepto de autoridad señalando el confusionismo conceptual existente en nuestros días en relación a la autoridad. Marina sostiene acertadamente que la crisis de autoridad es un fenómeno que afecta a todas las instituciones sociales y en particular a la educativa. Este fenómeno ha dado paso a la *educación permisiva* que, en aras a proteger la espontaneidad de la libertad, no se atreve a imponer ni a exigir nada. A juicio de Marina estamos en una sociedad permisiva en la que, contrariamente a lo que se vive, se pide autoridad. Lo que los ciudadanos realmente reclaman es *mano dura y orden* en el ámbito político y *disciplina* en el ámbito escolar. “Autoridad, disciplina y orden –afirma Marina– se han vuelto equivalentes, con lo que es difícil establecer las fronteras entre autoridad y autoritarismo” (p. 18). “El debate sobre la autoridad –escribe Marina– suele desenfocarse porque no suele reconocerse que el verdadero significado de *autoridad* lo relaciona con el mérito” (p. 19). Se acepta que todos somos iguales en cuanto a derechos, sostiene Marina, pero se ha deslegitimado toda diferencia por el mérito. La recuperación de la autoridad pasa por la clarificación de su concepto. Para clarificar conceptos acude inicialmente al origen romano de los términos *auctoritas* y *potestas*, enseñado por Álvaro d’Ors. Más adelante, Marina habla de la *autoridad recibida* que es la que se recibe de alguien y de la *autoridad personal* que no se recibe de nadie, sino que se alcanza por méritos

propios. Marina define ésta última, la *autoridad personal*, como “un poder legítimo” y la denomina a su vez la *autoridad merecida*.

Amparándose en que los textos de filosofía política suelen definir la autoridad como “el poder legítimo”, Marina incluye ambos tipos de autoridad (*recibida* y *merecida*) en el poder legítimo: así lo expresa en el cuadro sinóptico de los tipos de poder que presenta en el capítulo primero, contribuyendo de este modo a borrar la clara diferencia original entre autoridad y potestad.

La actitud actual ante la autoridad es de rechazo y de nostalgia y ante la permisividad es de euforia y miedo. Marina desgrana los elementos que han propiciado el descrédito de la autoridad, todo *un sistema invisible* que –parafraseando al autor– ha presionado sobre la crisis de autoridad y ha originado determinados patrones de conducta que han afectado negativamente a la educación, en particular a sus dos grandes protagonistas: la familia y la escuela.

Se trata de recuperar la autoridad en una sociedad que *disfruta* de la permisividad, sin volver –advierte Marina– a una sociedad autoritaria. “Una autoridad que sea compatible con la libertad, la democracia, la autonomía, los derechos del niño” (p. 74). En la segunda parte del libro Marina presenta un modelo en esta dirección, un modelo que aspira, sin pesimismo de ninguna clase, a desembarazarse de la cultura permisiva (que todo lo permite, que se funda en el deseo y rechaza el deber) y de la cultura autoritaria (del deber por el deber, que

RECENSIONES

LA RECUPERACIÓN DE LA
AUTORIDAD. CRÍTICA DE LA
EDUCACIÓN PERMISIVA Y
DE LA EDUCACIÓN
AUTORITARIA

desconfía de la libertad de los demás e intenta coartarla). “La autoridad –afirma– procede de la libertad que cumple sus deberes” (p. 122).

Para Marina la tarea más urgente es reformular el concepto de libertad. No somos naturalmente libres, afirma. “La libertad no es una propiedad innata, sino aprendida” (p. 85), “no es espontaneidad, sino destreza aprendida” (p. 87), “tenemos la obligación de ser libres” (p. 101), “hay que aprender la libertad” (p. 121), son algunas de sus afirmaciones. Marina aboga por una pedagogía de la libertad que incluya una pedagogía del deber que domine el impulso.

Tras detenerse en el concepto de libertad, el autor presenta el principio fundamental en el que se basa su propuesta: *la educación del carácter como núcleo de una educación de la personalidad*. Marina considera que el objetivo de la educación del carácter es el aprendizaje de la libertad y esta educación debe hacerse en siete dimensiones diferentes: la representación del mundo, los hábitos intelectuales, el buen tono vital, la autonomía, la vinculación, la elección del proyecto vital y los hábitos ejecutivos. Marina se detiene explícitamente en cada una de ellas. La formación del carácter y la pedagogía de la libertad son tareas de la familia y de la escuela. Los padres como primeros responsables de la educación de sus hijos tienen que saber ejercer de padres, por lo tanto deben tener unos conocimientos educativos. Para el autor, es preciso quitar el miedo a los padres y recordarles que tienen dos grandes herramientas

educativas: la ternura y la exigencia. Finalmente, Marina advierte a los padres que no deben olvidar la *conciencia moral*, es decir, la educación moral que permite distinguir lo justo de lo injusto, lo bueno de lo malo.

Ante el desprestigio que la escuela sufre en nuestros días, que en modo alguno ayuda al profesor en su tarea educativa, Marina recuerda en el último capítulo que conseguir el respeto de los alumnos por parte del profesor se ha convertido en una tarea personal del docente, es decir, recuperar la autoridad es un asunto de cada uno en particular. Su estatus ya no le protege. La autoridad se tiene y también se adquiere. El autor termina el capítulo recordándonos que en esta tarea personal del profesor juegan un papel clave el centro educativo y la ayuda de las familias. En definitiva, se trata de realizar un trabajo en equipo entre la familia y los docentes.

El libro, bien editado, se lee con facilidad, aunque en algunas partes parece poco ordenado, como si hubiera sido escrito apresuradamente tanto en el cuerpo del texto (capítulo cuarto) como en sus referencias bibliográficas.■

MARÍA ROSA ESPOT
Colegio La Vall (Barcelona)